

Salvador Rivas-Martínez: “Cuando el tiempo no te alcanza”

Pedro Luis PÉREZ DE PAZ⁽¹⁾

(1) Catedrático de Botánica jubilado de la Universidad de La Laguna (Tenerife, España).

INTRODUCCIÓN

Siempre el tiempo y nuestras circunstancias. Llego tarde, mal y forzado por la amistad y el respeto que siempre mantuve con el homenajeado profesor Salvador Rivas-Martínez (en adelante Salvador), y por el afecto y lealtad que le debo al profesor Ángel Penas Merino, organizador del merecido homenaje. Sobre la personalidad científica y humana de Salvador, resulta muy difícil añadir algo a lo ya expresado por el grupo inmenso de compañeros, que lo trataron y conocieron tanto o mejor que yo. En cuanto a Ángel, solo diré que siempre he gozado de su generoso aprecio y acogida. Con él mantuve varias conversaciones previas sobre los objetivos y programa del homenaje póstumo al maestro, cuando daba por hecho que asistiría presencialmente al Simposio Internacional que pretendía organizar en su Universidad de León (ULe).

No pudo ser: “no me alcanzó el tiempo”. Una disculpa fácil de escribir y difícil de explicar y peor de comprender para los compañeros y amigos que me echaron de menos. Lo siento, afortunadamente la tecnología rompe las distancias y mi ausencia presencial pude suplirla con la participación virtual desde la casa familiar de El Pinar de El Hierro, donde me encontraba las fechas de celebración del simposio. Desde la isla del Meridiano, otrora finisterre del mundo conocido, pude escuchar las sentidas y emocionadas palabras de los compañeros que glosaron, desde diferentes perspectivas personales, la figura del maestro, compañero y amigo, destacando su doble condición de erudito botánico y apasionado alpinista (concepto europeo que siempre le gustaba matizar, por entender que se quedaba corto para englobar las cumbres de otros continentes, también holladas por él). Y no es baladí la precisión, viniendo de una persona con una visión global del mundo en general y de la Botánica en particular.

Valgan estos dos párrafos de introducción, para justificar mi pesar y agradecer la sabia generosidad que me brindó el entrañable amigo Ángel, para enmendar mi incomprendido silencio. Lo hago con unas sencillas consideraciones profesionales y humanas sobre la figura excepcional de Salvador, sin renunciar al sentido del humor y pensando más en lo mucho que nos unió que en lo poco que nos separó. Evidente, son comentarios

indisolubles de los tiempos botánicos que vivimos y nos tocó compartir.

NUDO

EL APELLIDO RIVAS

El apellido “Rivas” para los biólogos de mi generación, en la Universidad de La Laguna (ULL), llegaba en la primera clase de Botánica (Criptogamia) de segundo curso de licenciatura. El profesor, a la sazón el doctor Álvaro Acuña, recomendaba como obra de referencia bibliográfica la “Botánica Descriptiva” de Losa España, Rivas Goday y Muñoz Medina, subrayando la figura del segundo por haber sido su profesor de Botánica en la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid (UCM), en la que gozaba de un gran predicamento como docente.

En el curso siguiente, tercero de licenciatura, se impartía Botánica (Fanerogamia), en la que el profesor Wildpret se encargaba no sólo de destacar la figura de don Salvador Rivas Goday, a quien siempre consideré su maestro, sino de presentar a su hijo, Salvador Rivas Martínez, compañero de promoción y fraternal amigo, como a ambos les gustaba resaltar. Desde la primera clase nos dejaba claro que el pasado de la Geobotánica se debía a la genialidad de Humboldt, que supo leer los pisos de vegetación en su visita a Tenerife (1799); y que su futuro era la Fitosociología, diseñada por los maestros Tüxen y Braun-Blanquet, creadores de la escuela “Zürich-Montpellier”, que tenía en España como adalides, además del ya referido Rivas-Goday (Madrid) y al reconocido profesor Bolòs (Barcelona), al entusiasta Salvador Rivas-Martínez, por aquel entonces catedrático de Botánica en la Facultad de Ciencias de la Complutense (UCM). Corría el curso 1970-71 y ya desde entonces, para los que decidimos como estudiantes apostar por la Botánica, la figura de Salvador, aún sin conocerlo personalmente, se incorporó a nuestra trayectoria vital.

CONOZCO A “SALVADOR”

En noviembre de 1974, el Departamento de Botánica de la Facultad de Ciencias de la UCM organizó un curso sobre “Introducción a la Liqueología Moderna”, impartido

do por el profesor Follmann de la universidad de Kassel (Alemania). Espoleado por el profesor Wildpret, que vio la posibilidad de consolidar la línea liquenológica tímida-mente iniciada por la compañera Luisa Gallo en el Departamento, asistí al curso en condición de doble novato: primero por mi escaso conocimiento sobre este interesante grupo biológico con tanta presencia en las islas; y segundo, porque era la primera vez que visitaba la península Ibérica en general y la ciudad de Madrid en particular, con

el consiguiente temor a perderme en la capital. No sé si por pena o por cariño, me trataron con afecto, especialmente el compañero Ginés López, que se volcó conmigo durante las jornadas de campo, tanto en los yesos de Ciempozuelos como en la sierra de Guadarrama. Fue la primera, pero no la única vez; a Ginés le debo mucho de lo aprendido sobre la flora ibérica, tan interesante como necesaria para afrontar las terribles oposiciones, que aún no teníamos en mente.



Figura 1. El apellido Rivas va unido a la historia de la Botánica española. Azulejo honorífico elaborado con motivo del seminario-homenaje organizado por la Facultad de Farmacia de la UCM a la saga de Los Rivas (Madrid, 29-30.05.2003).

Al inicio de la última excursión al hayedo de Montejo, en las faldas de la Sierra de Ayllón, la paisana Ana Crespo, alma mater del curso, me presentó a “don Salvador”. A pesar de que me había advertido que lo tratara de tú, fui incapaz por más que me lo propuse; cuestión de carácter y de educación. Ante mi tímido saludo, achicado por la presencia humana del célebre profesor, su respuesta fue: “Ya sabía por Wolf, que vendrías por aquí; trátame de tú”. Confieso que con sumo esfuerzo lo conseguí al final de la excursión; marca de la casa, con don Wolfredo todavía no lo he conseguido, y no precisamente por falta de relación o confianza.

Si ahora después de medio siglo, retrato perfectamente la escena, resulta evidente que desde el primer momento me impactó la personalidad inquieta de aquel joven catedrático que no paraba de hablar, describiendo la flora y vegetación del lugar, con un dominio y cercanía que para nada casaba con la imagen virtual del circunspecto profesor que había imaginado. El remate de mi asombro fue cuando ante un promontorio rocoso del camino, en lugar de transitar por la vereda lateral como todo el mundo, lo sorteó trepando por el mismo. Aquella demostración de virtuosismo montañero me dejó definitivamente descolocado para el resto del día, máxime cuando los que ya lo conocían siguieron por el camino tan tranquilos sin preocuparse por la suerte del

profesor. No te preocupes, me dijeron, lo hace siempre para mantenerse en forma, recuerda que es un consumado alpinista. En efecto, al momento nos alcanzó y con la misma naturalidad que había trepado la roca, nos dio una lección magistral sobre la sectorización ecológica sobre un ejemplar de haya de acuerdo con la tipología de Ochsner: base del tronco, tronco, base de la copa y copa, interpellando al profesor Follmann o a los ya iniciados en liquenología o briología, cuando no discutiendo con ellos la identidad de

las especies y precisando su ecología. Ingenuamente pensé: ¡creía que sólo sabía de fanerógamas!

Así conocí a Salvador y así lo valoré y respeté siempre, incluso cuando la discrepancia y la forma de enfocar o juzgar hechos o conocimientos nos separaba, que también hubo ocasiones. En justa reciprocidad, debo decir que siempre fui correspondido con una exquisita cortesía y jamás fui “víctima propiciatoria” de sus temibles acaloramientos.



Figura 2. En sus momentos joviales, Salvador resultaba realmente encantador. Con Eduardo Biondi (Ancona, Italia) y el que suscribe durante un almuerzo en El Portillo (Las Cañadas, Tenerife), con motivo del “I Seminario de Vegetación Canaria: Sintaxonomía” (6.06. 1992).

RECONOZCO A “DON SALVADOR”

Todos le escuchamos a Salvador una de sus frases preferidas: “sólo se reconoce lo que previamente se conoce”, tanto cuando se refería a especies como a comunidades. Y remataba: “únicamente te puedo reconocer, si previamente te conozco”. A don Salvador lo reconocí porque ya lo conocía: había presidido recientemente el tribunal de la tesis de nuestra compañera Esperanza Beltrán, en marzo de 1975, la primera de las realizadas en el Departamento de Botánica de la ULL, bajo la dirección de nuestro común maestro. La “Doctora”, como cariñosamente la apodamos los compañeros, siempre ha sido un prodigio de tesón y perseverancia. Nos enfrentaron las oposiciones, pero la convivencia, el respeto mutuo y el afecto de la amistad, han podido más que las pruebas duras de la vida.

En julio de 1975, junto con el compañero Juan Ramón Acebes (Nino para los amigos), emprendimos desde Canarias, vía Cádiz, una extensa excursión botánica por la península Ibérica, que extendimos hasta

Florenza (Italia) durante todo el mes de septiembre, para estudiar el material del herbario de Webb, depositado en el Museo de Historia Natural de esta ciudad, con vistas a nuestras futuras tesis doctorales. Con mi modesto Seat 127 (GC-5312-D), que tan buenos servicios prestó a la Botánica, recorrimos más de 4.000 km durante tres meses. Para dos canarios, que apenas habíamos salido de las Islas, fue un viaje inolvidable y sumamente enriquecedor desde el punto de vista botánico y cultural. También político, pues eran tiempos revueltos: tardofranquistas en España, videlistas en Argentina y pinochetistas en Chile. Por entonces, la Italia del eurocomunista Berlinguer estaba llena de grupos de refugiados, que cantaban y se manifestaban por la libertad en sus respectivos países.

Desde Cádiz nos fuimos a Málaga, donde recogimos a nuestro maestro el Prof. Wildpret que había viajado en avión. Visitamos las sierras Bermeja y de Las Nieves (Tolox), familiarizándonos con el pintoresco paisaje y la riqueza florística de sus parajes. Con las prensas llenas de material, llegamos a Madrid, donde

nos acogió el gentil Demetrio en el cuarto de prensas del Departamento de Botánica de la Facultad de Farmacia (UCM). Con él estábamos Nino y yo “moviendo las plantas” recolectadas, cuando escuchamos los sonoros abrazos en el pasillo entre los dos viejos amigos: - ¿Cómo está tu padre? – Bien, no tardará en venir por aquí. Tras “reconocer” a Salvador, nos preparamos para “conocer” a don Salvador, historia viva de la Botánica española. En efecto, poco tiempo después apareció don Salvador bromeando con don Wolfredo, que nos lo presentó y le solicitó permiso para que pudiésemos consultar el sagrario del “Herbario Blanco”: ¡Hasta que no os lo sepáis, no podéis presentaros a las oposiciones!, sentenció. Y así terminó el fugaz encuentro; la siguiente y última vez que lo saludé fue en unas oposiciones, él de presidente del tribunal y yo de concursante. Ya estaba gravemente enfermo, y aquella fue una oposición a la que, a la postre, no pude presentarme porque “se perdió en el Ministerio” mi expediente personal; pero esa es otra historia, seguro que los muy estimados Alfredo Asensi, Tomás Emilio y Gabriel Mo-

reno la recuerdan. De las oposiciones, cuanto menos habremos menos nos herimos. Poco después fallecería don Salvador, ilustre farmacéutico y prestigioso catedrático, artífice de mantener viva la llama de la Botánica en los duros años de la postguerra civil española. Su huella docente, científica y humana, pocos la discuten.

PRIMERA CAMPAÑA CON SALVADOR

Tal como acabo de comentar en el epígrafe anterior, 1975 fue un año de trote ibérico con campañas y anécdotas inolvidables. Lo mismo herborizábamos en los granitos del acueducto de Segovia, que en los yesos de Los Monegros; en las paredes de El Escorial que en los cantiles del monasterio de Monserrat; en las hoces de la serranía de Cuenca, que en los prados subalpinos del Valle de Arán; igual dormíamos al raso debajo de los perales en Lérica (la *Peraletea*, como la acuñó ocurrentemente Enrique Valdés), que en el frío pórtico del grupo escolar de Benasque. Cuánta dicha y cuánta nostalgia. Algunos todavía podemos contarlo, otros ya no: ¡otra vez el tiempo, porca miseria!



Figura 3. Presididos por Salvador: “somos todos los que estamos, aunque no todos los que somos”. Pico Zorraquín, 2.095 m (Sierra de Urbión, Soria). X Iter Geobotanicum per Hispaniam Septentrionalem (FIP) (26.06.1997).

Durante todo el mes de julio del citado año, utilizamos el Departamento de Botánica de la Facultad de Farmacia (UCM) como base de nuestras campañas. Allí secábamos y determinábamos el material con la generosa ayuda de los compañeros. En particular se volcaron con nosotros los profesores Ladero, don Miguel, el entrañable Arturo Valdés y el ya referido Ginés López, que con la sorna propia de su tierra andaluza nos reprochaba el que estuviésemos recolectando tanta mandanga ruderal sin espe-

cial interés florístico. Para nosotros, tan novedosas eran las desconocidas especies banales, como los valiosos endemismos ibéricos.

Entre esas salidas al campo, tuvo especial protagonismo la realizada a los Picos de Urbión con la mayoría de los miembros de los departamentos de Botánica de las facultades de Ciencias y Farmacia, capitaneados por Salvador, sometiéndonos a unas jornadas agotadoras, que se prolongaban hasta pasada la medianoche en

sobremesas científicas o folclóricas. Era el último que se acostaba y el primero que se levantaba. Mientras preparábamos el material herborizado, derrotados casi de madrugada, Nino con su parsimoniosa flema, me decía: “mañana no cojo ni una puta planta más; este hombre nos va a matar”. Así, con asombro, descubrimos la inagotable vitalidad de Salvador, que se crecía en el campo, su medio favorito.

JORNADAS DE FITOSOCIOLOGÍA

Tampoco me alcanzó el tiempo para asistir a las tres primeras jornadas de Fitosociología. Los últimos años de la década de los 70 y comienzo de los 80, del pasado siglo, mi vida como la de muchos compañeros de mi generación estuvo marcada por las oposiciones al cuerpo de profesorado de la universidad española. Fui de los jóvenes “borregos” que hicimos el juego al franquismo presentándonos a unas oposiciones “amañadas” dominadas por las escuelas “carcas” de la época. No se puede negar que algo había entonces, hubo después y hay ahora, pero las oposiciones a las que me presenté y aprobé (1979 profesor Adjunto y 1981 profesor Agregado), no las recuerdo precisamente como un camino de rosas dominado por el “clan de los favorables”.

Luego de la mano de los “progresistas”, vendría la Ley de Reforma Universitaria, la conversión por decreto de los agregados en catedráticos, y la desestructuración del cuerpo nacional de profesorado universitario. Eso sí, a partir de entonces llegaron las oposiciones “objetivas”: con tribunales (o comisiones) nombrados con “pulcra independencia” por la universidad convocante; la valoración de trabajos velando más por los méritos de las revistas indexadas que por su verdadero contenido; y los programas de asignaturas que parecían más el título de una tesis doctoral que el de asignaturas formales de una licenciatura. El resultado nos ha traído hasta el presente que todos conocemos y que, a juzgar por lo que se ve y se escucha, no parece ser muy satisfactorio. Sabemos que generalizar es equivocarse y, por supuesto, aceptamos que no todo ha sido malo, pero el empobrecimiento general de las nuevas promociones en el conocimiento de la flora y vegetación del territorio es manifiesto. Disculpen la disquisición, que poco tiene que ver con las entrañables Jornadas de Fitosociología. O sí.



Figura 4. Con Salvador al frente, la fitosociología española ha vivido décadas de gloria, muy difíciles de mantener. Frente al Instituto Pirenaico de Ecología (CSIC) en Jaca, durante la “VI Excursión Internacional de Fitosociología”: 27.06-4.07.1991.

Asistí por primera vez a las Jornadas Internacionales de Fitosociología en su IV edición, junto con W. Wildpret y M. del Arco, celebradas en León del 24 al 26 de septiembre de 1984. Inmejorable ocasión para tenerlas presentes. Recuerdo el desarrollo de las sesiones densas e intensas, lideradas por el grupo emergente de los botánicos locales, estimulados por el inagotable Salvador. Entonces todos éramos jóvenes, característica diferencial con las últimas ediciones a las que he asistido, en las que los jóvenes son sustancialmente

menos y no precisamente porque nosotros hayamos envejecido, que también; ojo al dato. La capacidad organizadora y eficiencia del tándem “Díaz & Penas”, Tomás Emilio y Ángel, quedó patente. El broche lo puso la excursión del último de día al Pinar de Puebla de Lillo en las estribaciones de la cordillera Cantábrica. En el puerto de Tarna nos despedimos, para con apremio regresar a Madrid rumbo a Tenerife. Por cierto, en la sesión de clausura se acordó celebrar en Tenerife (ULL) las próximas “V Jornadas” bajo el epígrafe de

“Vegetación hidrofítica”. Lo recuerdo con inevitable amargura, pues durante su celebración falleció mi padre: 24.09.1985.

Pretender destacar a estas alturas el protagonismo de Salvador en relación con las Jornadas de Fitosociología (génesis, consolidación y desarrollo) resulta redundante. A veces tuve la sensación de que las “Jornadas eran Salvador” (o viceversa). El reto para la actual y futuras generaciones es precisamente tratar de mantener las Jornadas sin Salvador. Y no sólo las Jornadas, sino la propia Fitosociología. En la ciencia, como en el deporte o la política, los hiperliderazgos son efímeros y, a veces, tan necesarios como peligrosos. Se puede transmitir una parte importante del conocimiento, pero no la genialidad, dedicación, capacidad de trabajo o dotes de mando que distingue a los verdaderos líderes. Tras faltar un líder o cabeza de serie, la propensión a la regresión, cuando no la vuelta a las etapas priseriales, es algo más que una posibilidad previsible. Ahí lo dejo.

ITINERA GEOBOTÁNICA

Si rellenar el vacío de Salvador en relación con las Jornadas se nos antoja difícil, pretenderlo con las Itineras es casi una broma macabra. El esfuerzo y dedicación que demanda la preparación monográfica sobre la flora y vegetación de un territorio determinado, con el rigor que exige un trabajo científico para ser publicado, es titánico y está al alcance de pocos equipos. Lo escribo desde la experiencia de haber participado en el equipo humano redactor del volumen 7, dedicado al estudio la vegetación de Tenerife, con motivo de la organización del “36 Simposio Internacional de IAVS”, en 1993.

Todos los que nos hemos visto involucrados en la responsabilidad de elaborar una Itinera saben de lo que hablo. En el caso de Canarias, además de la locomotora de Salvador (responsable técnico), contamos con la conocida habilidad de don Wolfredo para manejar y gestionar un equipo, sacando lo mejor de todos y cada uno de los “jugadores”, cuya lista se refleja en el índice del volumen. No obstante, en relación con la vegetación es justo destacar de la cantera a los siguientes: Marcelino del Arco, Octavio Rodríguez y Antonio García-Gallo, que además de en La Laguna, jugaron varios partidos con Salvador en el CIF de Collado Villalba, y jugar en campo ajeno siempre supone un esfuerzo añadido. Como fichajes estrella exteriores, contamos con el refuerzo determinante de Tomás Emilio, con sus insuperables láminas, y de Federico Fernández, experto sintáxonoma, que además manejaba con amistosa habilidad los brotes del exigente Salvador. Nino Acebes, Katy León y Ángel Vera, también de la cantera, se ocuparon más de los aspectos florísticos y taxonómicos. A mí me tocó asumir el papel de líbero en el centro del campo, repartiendo juego y limando asperezas entre jugadores y directores. El esfuerzo hubiese servido de poco, de no haber contado con el equipo editor (Luis Herrero, Marta Eva y Emilio Puente) de León, coordinado por el diligente Ángel Penas.

El resultado fue un éxito, que posiblemente marcó el pico de la gráfica productiva de la Fitosociología en Canarias y también un hito histórico en la proyección de nuestro Departamento en el mundo internacional de la Botánica. Creo no exagerar si digo que la “Itinera amarilla” (ya marrón por el uso) como coloquialmente la conocemos, supuso un hito sin parangón en la interpretación y conocimiento de la vegetación tinerfeña y, por extensión, canaria. De sus entrañas han bebido tesis doctorales posteriores y proyectos suculentamente financiados, tanto dentro como fuera de nuestro Departamento. A título de ejemplo, apunto el inventario de la “Directiva Hábitats” y el proyecto de “Cartografía de la Vegetación Canaria”, que han supuesto mucho reconocimiento científico y administrativo, además de premio económico para España y para la Comunidad Autónoma de Canarias.

Si el esfuerzo para preparar una Itinera es enorme, la recompensa al concluirla también es inmensa. No sólo para el equipo redactor, del que tiraba Salvador hasta el límite de descoyuntarlo con sus exigencias, sino también para los asistentes a las excursiones y posteriores usuarios o lectores, que nos beneficiamos de su uso. Nunca he aprendido más sobre la flora y vegetación de los territorios “itinerados”, ni conozco una herramienta más eficiente para aprenderla o enseñarla como docente. Siento pena y rabia contenida de que algo tan valioso, que exige tanto esfuerzo, conocimiento y capacidad de síntesis fuese ninguneado por nuestros propios compañeros botánicos en los procesos de evaluación para conceder los sexenios de investigación. Nunca lo entendí y sigo sin comprenderlo, por más que hayan intentado explicárnoslo, entre otros el propio Salvador. No sé si es un complejo colectivo o que los botánicos nos hemos vuelto tontos por decreto.

Pienso lo mismo de nuestras convalécidas revistas o monografías, que tanto han contribuido al progreso de la Botánica y al conocimiento de la flora y vegetación de España. El índice de impacto real no se evidencia sólo por la revista o editorial donde se publica el trabajo, sino también por el grado de manoseo de su lomo en las bibliotecas y la trascendencia concreta de los trabajos que incluyen. Resulta curioso, por no decir otra cosa peor, el que como botánicos nos hayamos visto obligados en los procesos de evaluación a proponer trabajos en los que somos meros comparsa y a desechar otros en los que somos protagonistas y a los que hemos dedicado nuestro mayor esfuerzo y conocimiento. Lo considero una humillación a la que, tras la decepción inicial (la Comisión de evaluación la presidió Salvador) y el resultado otorgado por la de revisión (presidida por otro conocido y valioso compañero) nunca me quise volver a someter. Bien es verdad que me lo he podido permitir y trabajo no me ha faltado y proyectos “no competitivos” tampoco.

Los universitarios (en particular los que minusvaloran la docencia frente a la investigación, que se refugian en el CSIC o en los institutos universitarios, porque dar clase es una pérdida de tiempo) vivimos a veces tan desconectados de la sociedad, que hemos

segregado la calidad de la ciencia por la fuente de financiación, como si hubiera euros de primera (proyectos competitivos) y euros de segunda (proyectos no competitivos). Tremenda majadería, como si fuera de la “investigación oficial” no hubiera que competir por los recursos y en los procedimientos de evaluación “competitiva” no hubiera amigos y áreas de conocimiento favorecidas. Vaya una “falta de ignorancia”, que se dice por mi tierra. Estos absurdos comportamientos han hecho mucho daño a la Botánica (¡y a los botánicos!), por más que nos hayan encandilado los ordenadores con sus esquemas filogenéticos y las nubes de puntos de la “ecología de fusión”.

Ahora el protagonismo científico en nuestro país lo

parecen tener ecólogos que no reconocen las asociaciones vegetales y botánicos que ignoran las especies. Actualmente, cada vez resulta más difícil encontrar a un compañero realizando un inventario florístico en el campo o manejando una clave taxonómica detrás de la lupa en el laboratorio. Es como si los inventarios fitosociológicos los realizaran los ordenadores y los taxones se determinasen por ciencia infusa. Lo peor no es el desconocimiento, es la falta de criterio para determinar las teselas inventariables y la carencia de formación para identificar las especies que las caracterizan. No tanto con las asociaciones señeras caracterizadas por endemismos, como con las comunidades seriales o ruderales caracterizadas por las “mandangas de Ginés”. Ese es nuestro porvenir. O no.

PEREZ DE PAZ, PEDRO LUIS
FELIPE PEDRELL, S.49B
38007 - STA. CRUZ DE TENERIFF
IDENTIFICACION: 04214634810119005

Ministerio de Educación y Ciencia
Comisión Nacional de Evaluación Científica

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA
VIA CRUZ DE TENERIFF, 28. MADRID
SALIDA
23 NOV. 1990
REGISTRO

La Comisión Nacional Evaluadora de la Actividad Investigadora en su reunión de 22 de noviembre de 1990 habiendo conocido el Informe (es) suscrito por el (los) Comité (s) Asesor (es) S respecto a su solicitud de evaluación del periodo comprendido entre los años 1977/78 (ambos inclusive) y a la vista del expediente completo, ha procedido a su evaluación individual y ha decidido otorgar:

Valoración positiva para los tramos
Valoración negativa para los tramos 17.º

Contra ésta decisión y conforme a lo indicado en el artículo 2.4.6 del R.D. 1086/1989, de 28 de agosto, sobre retribución del Profesorado Universitario, podrá Vd. interponer recurso de alzada en el plazo de quince días tras la notificación de este acto ante la Secretaría de Estado de Universidades e Investigación.

Madrid, 23 de Noviembre de 1990

José L. Ruiz
El Secretario

vogo

R. de Calvo
El Presidente

Figura 5. No se debe generalizar ni tampoco es obligado compartir mi percepción, pero la “Comisión Nacional Evaluadora” ha hecho mucho daño a la Botánica y a los botánicos. Es evidente, a unos más que a otros.

DIRECTIVA DE HÁBITATS Y RED NATURA 2000

En 1992, El Consejo de la Unión Europea publicó la conocida como “Directiva de Hábitats (Directiva 92/43/CEE, de 21 de mayo), con el objeto de contribuir a salvar la biodiversidad de Europa (hábitats naturales, flora y fauna silvestres) en un marco de desarrollo sostenible. El resultado de su aplicación pretendía obtener “una red ecológica europea coherente” que, de acuerdo con la Directiva, se convino llamar “Red Natura-2000”, por ser el año 2000 el horizonte que se fijó para culminar su diseño.

En España tal responsabilidad estatal recayó en la Dirección General de Conservación de la Naturaleza del Ministerio de Medio Ambiente, que había sustituido, en 1991, al controvertido Instituto Nacional para la Conservación de la Naturaleza (ICONA), a raíz de la

descentralización de las competencias en materia de conservación de la naturaleza, que prácticamente fueron asumidas en su totalidad por las Comunidades Autónomas, excepto (entonces) en lo relativo a la red de Parques Nacionales para cuyo gobierno fue creado un Organismo Autónomo en el seno del citado Ministerio.

Fue una época ciertamente difícil, marcada por la incertidumbre e improvisación en materia de conservación natural, en la que las relaciones estaban muy mediatizadas por la desconfianza política entre la Administración desvertebrada en el Ministerio y la todavía no nata o invertebrada en las Comunidades Autónomas. En ese marco confuso, convocado por la Dirección General de Conservación de la Naturaleza (antiguo ICONA) y la DG-XI de la Unión Europea, se celebró del 15 al 20 de octubre de 1993 un seminario inter-

nacional para definir criterios técnicos convergentes y homogéneos. De Tenerife asistieron Fernando Domínguez y Pepe Carrillo, por parte de la Comunidad Autónoma; y don Wolfredo (que se interesaba por aquellas fechas en los recorridos del insigne Willkomm en el sur de España) y yo, por la ULL.

La reunión se hubiese convertido más en un debate político que técnico de no ser por la descolante figura de Salvador, que desde el primer día se reveló como la única vía práctica para sacar adelante tan magno proyecto en España. No es el momento de contar el esfuerzo que supuso el despliegue científico y burocrático realizado, pero bien valdría escribir la historia, para que los trabajos realizados, ignorados por la evaluación de la “ciencia oficial”,

al menos lo sean por todo lo que ha supuesto para la consolidación laboral y económica de muchos en la escala administrativa del Estado y de las Comunidades Autónomas. La memoria de la Administración (incluyo en ella a la Universidad) es con frecuencia flaca y desagradecida.

Para no volver a encenderme voy a recurrir a los muchos y mejores recuerdos compartidos durante la génesis y desarrollo del proyecto, en el que tanto aprendimos y enseñamos. Al fin y al cabo, los resultados fueron publicados por la Secretaría General de Medio Ambiente como “Atlas y Manual de los Hábitat de España”, ninguneado como tantos trabajos similares por las sesudas comisiones evaluadoras responsables de otorgar los sexenios de investigación.



Figura 6. Participantes en el “Seminario de Cartografía y Fotointerpretación”, organizado por el Departamento de Botánica de la ULe, impartido por los profesores Eduardo Alonso y Ángel Penas. Felices y contentos, durante la práctica de campo en Valle Gordón, León (14.10.1993).

Al margen de los muchos momentos vividos en nuestras respectivas Áreas territoriales [9 en total: I. Andalucía, Ceuta y Melilla; II. Aragón, Comunidad Valenciana y Murcia; III. Islas Baleares; IV. Islas Canarias; V. Cantabria, Navarra, País Vasco y La Rioja; VI. Asturias, Galicia y Castilla y León; VII. Castilla-La Mancha; VIII. Cataluña; IX. Extremadura y Comunidad de Madrid], cito dos entrañables anécdotas, relacionadas con las personas que mayor tiempo dedicaron, científica y burocráticamente, a evitar el naufragio del proyecto: Salvador (en todas partes) y Ángel Penas en León.

Ya apunté que Salvador brillaba siempre, pero donde realmente se crecía era ilustrándonos durante las excursiones o salidas al campo. Como colofón práctico del Seminario de Sanlúcar, se realizó una excursión botánica y cultural por la provincia de Cádiz. Como no podía ser de otra manera, Salvador tomó el micrófono

y previamente a la descripción botánica del paisaje hizo un erudito y magistral repaso por la historia de España, sus gestas políticas, y las gentes de sus regiones, en particular de las tierras gaditanas. Al final del preámbulo cultural se escuchó en el autobús un sonoro “¡Bravo, Maestro!”, cerrado con un aplauso. Impresionado por la demostración escribí en mi cuaderno de campo:

*cantó a España y sus regiones,
cantó al vino y al albero,
a la patria y sus legiones,
¡para quitarse el sombrero!*

Nadie con más méritos que él para proclamarse ciudadano del mundo, pero eso no le impedía sentirse profundamente patriota y español en el más noble sentido de las palabras. Luego vendría lo suyo, la visión de los “canutos” de Cádiz y la descripción de los “alcornocales” de la

zona. Especialmente me impactaron los “Canutos” en la comarca de Ubrique, tanto por la presencia del equívoco *Quercus canariensis*, como por el cortejo florístico asociado, con especies tan significativas como *Frangula alnus* subsp. *baetica*, *Rhododendron ponticum* subsp.

baeticum, *Arbutus unedo*, *Hedera helix*, etc. y entre los helechos epífitos o del sotobosque, *Polypodium australe*, *Davalia canariensis*, *Culcita macrocarpa* y *Osmunda regalis*. Mejor el esquema del cuaderno que mil palabras (C.C. Nº 13 / Exc. 51):

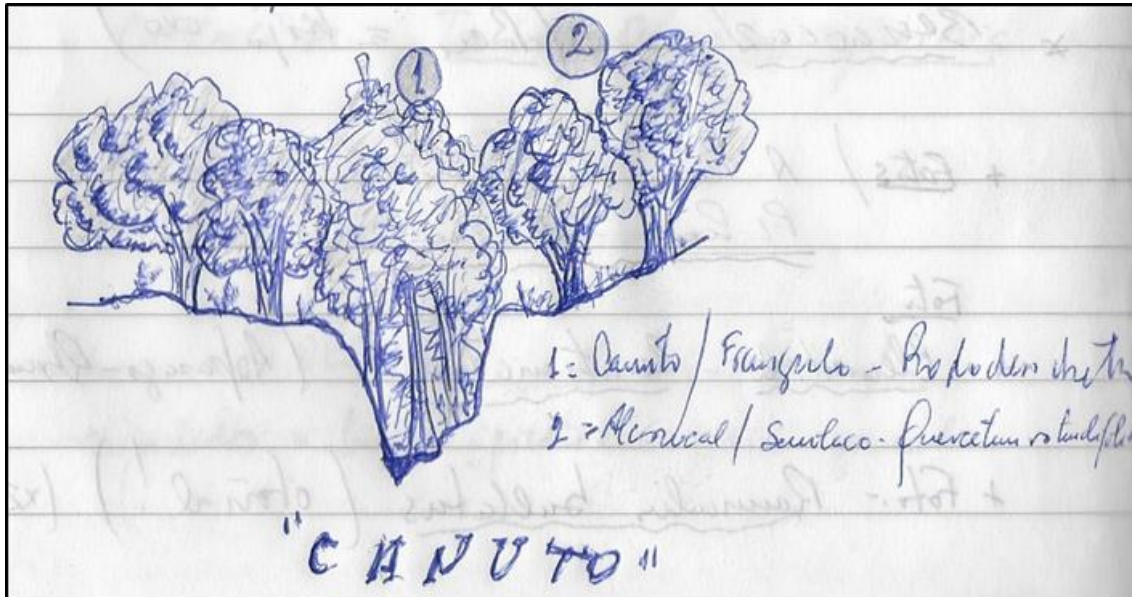


Figura 7. Esquema de la vegetación de un “canuto” en las inmediaciones de Ubrique (Cádiz): 1. *Frangulo-Rhododendro baeticii* y 2. *Smilaco-Quercetum rotundifoliae*.

Cambiamos de actor y de escenario. Además del Maestro, la figura del compañero Ángel Penas resulta ineludible en este contexto. Sobre las dotes de pragmatismo y capacidad de gestión de Ángel poco puedo añadir que no sean conocidas y reconocidas. Es un fuera de serie, a lo que debe sumarse la cualidad, nada baladí, de saber conllevar a Salvador y sacar de él su mejor partido. En León se organizó el seminario de fotointerpretación y de homogenización de criterios para reconocer, cartografiar y representar a escala 1:50.000 los hábitats de España. Sin la especial habilidad de Ángel que supo convencer a la gerencia e intervención de la ULe, para gestionar y flexibilizar la contabilidad con el resto de las universidades españolas, el proyecto no hubiera sido posible. No sé cómo, pero él lo consiguió y a él se lo debemos.

Aun siendo lo expuesto motivo para creer en los milagros, lo que más nos sorprendía del profesor Penas es que durante el periodo en que fue rector de su Universidad, lograra sacar tiempo y tranquilidad intelectual para atendernos periódicamente en el Departamento de Botánica o Facultad de Biología, para debatir y discutir los intrínquilos científicos y burocráticos del proyecto. En otras palabras, no me explico como a él “siempre le alcanzaba el tiempo” no sólo para trabajar, sino para pasearnos por el Barrio Húmedo, como cicerone gastronómico de la ciudad de León.

Cuando Salvador nos martirizaba y angustiaba por

que el proyecto no avanzaba, el rector Penas tomaba la palabra y su verbo florido “indudablemente” causaba efectos terapéuticos relajantes. Durante una de las muchas reuniones celebradas en León (22-24/03/1996) para la coordinación de las Áreas (cada universidad con sus métodos y peculiaridades de gestión) los coordinadores le exponíamos nuestros problemas, que él siempre afrontaba con un optimista “indudablemente” tanto para reconocer el problema como para resolver el mismo. Ya sabemos lo difícil que es soltar una muletilla cuando se te mete en la cabeza. En esa ocasión escribí en mi cuaderno de campo (C.C. Nº 16 / Exc. 130) el siguiente ripio, que ahora le dedico con el recuerdo de su eficiencia y el entrañable afecto de la larga amistad que compartimos:

*Indudablemente Ángel
me encandilas al hablar,
por las dudas que esclareces
y tu saber gestionar.
Indudablemente hablas,
indudablemente dices,
indudablemente tienes
virtudes por mi admiradas.
Y puestos a corregir,
para aliviar nuestra mente
debes tratar de decir
menos: “Indudablemente”.*
(León, 23.03.1996)



Figura 8. Con Ángel Penas (presidente del comité organizador del Simposio ad honorem S.R.M.), en el parque natural de Los Alcornocales (Benacoaz), durante la excursión del “Seminario Técnico sobre La Red Natura 2000”, celebrado en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) / 18.11.1993.

SALVADOR EN CANARIAS

En Canarias Salvador siempre encontró el abrazo de su fraternal amigo “Wolf”, “herr Professor”, como le gustaba saludarlo. Me consta que ambos, siendo diferentes, se profesaban una profunda admiración nacida de una larga relación, que se remontaba a la de sus respectivos padres. En sus habituales brotes de humana cercanía, Salvador llegó a decirme que para él Wolf era como un “hermano mayor”. Valga la siguiente anécdota, más entrañable que macabra, como ejemplo de esa hermandad familiar.

No sé cuántas veces, pero fueron muchas las que con Salvador subimos al Teide en su doble condición de botánico y alpinista. Que yo recuerde, la última vez fue el 12 de mayo de 2007. En esa ocasión, junto a un grupo de amigos, ascendimos por la ruta del Pico Viejo, que era inédita para él. En el todoterreno del Departamento además de él y don Wolfredo, nos acompañaban su hermano Juan José (Ito) y David, mi hijo. Al pasar por las inmediaciones de Los Azulejos, en Las Cañadas, en una ladera que en primavera se viste de gala con los pirulís carmesí del espectacular tajinaste rojo (*Echium wildpretii*), ocurrió el siguiente intercambio verbal:

- Wolfredo (intimista): Mira Salvador, quiero que lo sepas, en esa ladera esparcimos las cenizas de mi padre, que profe-

saba por este lugar un cariño muy especial.

- Salvador (espontáneo): ¡Qué bien, bonito recuerdo! Por cierto, Wolf ¿dónde piensas esparcir las tuyas? porque yo quiero estar presente; no vayas a elegir un sitio difícil, como han hecho algunos de mis amigos; piensa en los que nos quedamos aquí.

El silencio del Llano de Ucanca se coló en el coche, hasta que se me ocurrió decir: Salvador, como asistas a esparcir las cenizas de todos los amigos que tienes repartidos por el mundo, vas a tener que comprar un jet. Continuamos comentando la flora que despuntaba su floración, hasta el inicio de nuestra caminata en la base del Pico Viejo, donde ya nos esperaban el resto de los compañeros. Así era Salvador, espontáneo y vitalista.

Su relación con las islas Canarias fue prolija e intensa, no sólo con Tenerife, también con las restantes. A La Palma lo acompañé en varias ocasiones. La primera, junto con Wildpret y Arnoldo Santos, para ultimar algunos aspectos relacionados con la tesis doctoral del último, que versaba sobre la flora y vegetación de la “Isla Bonita”. Con una agenda muy ajustada, todo iba bien hasta que llegamos a Fuencaliente al pie del volcán Teneguía, que aún mantenía algunas fumarolas mortecinas:

- Salvador (apasionado): Wolf, de aquí no nos vamos sin antes ascender al pico del volcán.
- Wolfredo (realista): Pero hombre, Salvador, ahí arriba no hay nada, sólo lapilli y escorias; déjate de volcanes y vamos a hacer lo previsto.
- Salvador (decidido): Acompáñame Arnoldo, la experiencia de sentar el culo en la cumbre de un volcán caliente no la gozamos todos los días, ¡regresamos pronto!
- Wolfredo (resignado): Bueno Pedro, se acabó el programa, no hay nada que hacer; vamos nosotros a realizar un par de inventarios con *Micromeria*, género sobre el que realizaba mi tesis doctoral.

Esa era otra especialidad de Salvador, desbaratar los programas olvidándose del tiempo, particularmente en el campo. Cuántas veces lo vivimos y cuántas lo sufrimos. A menudo ponía al límite la paciencia de los organizadores, con sus intervenciones tan eruditas como largas. Pero nadie se atrevía a interrumpirlo para recordarle que el tiempo se agotaba o que la “guagua” no esperaba.

Como “el tiempo no le alcanzaba”, a Salvador siempre le quedaba algo pendiente por rematar, como si no quisiera despedirse de sus proyectos o lugares, que nunca daba por cerrados. Tal vez de ahí su fobia a las despedidas. O quizás porque era plenamente consciente que en nuestra ciencia nada es definitivo y siempre nos quedan flecos por conocer. Lástima que no pue

da volver pronto a La Palma a escudriñar las coladas calientes del dañino Tajogaite (en Cumbre Vieja), porque para sentarse en la cima del cráter aún es pronto.

Las vivencias con Salvador son tantas y tan ricas que, incluso para los que mantuvimos con él contactos esporádicos, dan para escribir un libro. En Canarias, Tenerife fue la isla donde pasó más tiempo y donde su presencia resultó científicamente más fructífera. Muchas fueron las excursiones compartidas y las enseñanzas recibidas en el campo o en el laboratorio. Relatarlas todas resulta impertinente, pero sí voy a citar la que según sus propias palabras supuso el colmo de una de sus ilusiones: “la ascensión al Teide desde el nivel del mar”, emulando la ruta seguida por Humboldt en su memorable visita a la isla y que resultó tan relevante para la historia de la Geobotánica.

Conscientes de esa ilusión, don Wolfredo junto con Victoria Eugenia organizaron la excursión, cuadrando la fecha para los días 23 y 24 de octubre de 2004. Como Humboldt y Bonpland partimos la jornada, máxime cuando nosotros subíamos sin mulos. En la Playa del Boyuyo del Valle de La Orotava, a las 8,30 h del 23 de octubre, tras el ritual de mojarnos en las batidas aguas del Atlántico, iniciamos el camino: Salvador, su hermano Ito, el notario Sergio Regulez (venido ex profeso de Lanzarote), don Wolfredo, David (mi hijo), su amigo Víctor (apasionado de la montaña) y el que suscribe. Con emoción y el rigor propio de un “documento notarial” dimos fe, firmando como testimonio en mi cuaderno de campo (C.C. N° 27 / Exc. 406).

En la playa del Boyuyo a las 8.30h.
nos mojamos en su batida agua
salada, con los primeros lueces del
día 23 de octubre de 2004. -

Juan José Rivas
Salvador Rivas
Sergio Regulez
Wolfredo Wildpret
Víctor Yanes
Pedro Luis Pérez

Figura 9. Firmantes del “acta notarial” en la salida de Playa de Boyuyo (La Orotava), rumbo al Pico del Teide (3.715 m). A saber: Juan José (Ito) Rivas, Salvador Rivas, Sergio Regulez, Wolfredo Wildpret, Víctor Yanes, Pedro Luis Pérez y David Pérez-Hdez (C.C. N° 27 / Exc. 406) / 23.10.2004.

Por delante nos quedaban 2.450 m de desnivel hasta Montaña Blanca, situada en la base del Teide. En los

primeros pasos salvamos el acantilado costero con tarajales (*Tamarix canariensis*), para atravesar las pla-

taneras del Rincón y continuar por el casco urbano de La Orotava hasta sufrir el primer reventón del día en Cuesta de la Villa, donde Salvador nos dio una lección de cómo salvar pendientes superiores a 45° por antiguos caminos rurales, hoy asfaltados como calles por la caótica urbanización del territorio insular. Tras el tempestí de rigor en los pinares mixtos (*Pinus radiata* y *Pinus canariensis*) del Valle de la Orotava, plantados en el dominio potencial del monte verde o laurisilva, reemprendimos la marcha. Entre las nieblas del alisio y el enjambre confuso de senderos, caminamos un buen trecho desorientados, hasta que Salvador altímetro en mano reparó en nuestro despiste, al advertir que llevábamos demasiado tiempo sin ascender de cota. Una vez más se pone de manifiesto la experiencia del maestro curtido en mil batallas montaÑeras. Enfilado el rumbo correcto, alcanzamos El Portillo (2.000 m) sobre las cinco de la tarde. Tras una frugal merienda, retomamos la marcha, entre ralos retamares, por el sendero de Montaña Rajada hasta la falda de Montaña Blanca (2.450 m), donde dimos por finalizado el trayecto de la primera jornada. El reloj marcaba las 19 horas y bruscamente descendió la temperatura ambiental al ponerse

el sol, y la corporal por la tiritona hipoglucémica que nos entró a algunos. Cena reparadora y noche en Vilaflor, debido a la ausencia de alojamiento en El Parador. En cualquier caso, mejoramos mucho la acampada de Humboldt.

A las 8,30 del día siguiente, en Montaña Blanca, retomamos la ascensión al Teide, junto con otros amigos de David que se sumaron a la hazaña. En la montaña, como en el ciclismo por etapas, el cansancio se acumula, y en el subidón del Lomo Tieso al Refugio de Altavista, Salvador dejó muestras de su clase: únicamente David, joven y entrenado, fue capaz de seguir su rueda. Llegué al Refugio (3.260 m) con el pelotón de cola, al límite del cierre del “tiempo oficial”. Nunca he olvidado las estimulantes palabras de Salvador: “¡Hombre Pedro Luis, lógico el retraso, tú siempre has sido muy corpulento y eso en la montaña se paga! Ahora cuando me reprochan mi gordura, debido al crecimiento secundario en grosor, invariablemente matizo la apreciación: “gordo no; yo siempre he sido muy corpulento”. Hablando de Salvador, “sus recuerdos van conmigo, cuando quiero y sin querer”, que bien canta Julio Iglesias.



Figura 10. Descanso en el Refugio de Altavista (El Teide). Sentados en el banco: Sergio, Ito y Salvador. Detrás, de pie, Pedro Luis, junto a su hijo David. Delante, sentados en el muro: José y Fran y detrás, derrotado, Víctor; la foto la hizo Beneharo; todos representantes de la promoción transgeneracional, algo que siempre estimulaba a Salvador / 24.10.2004.

Arrancamos del Refugio con ánimos renovados, pues no hay mejor barrita energética que un puñado de higos pasados de El Hierro y dos vasos de vino de Tacoronte. El último tramo de ascensión al Pico, cuando no se está debidamente entrenado o los años hacen

mella, se torna penoso. Aun así, alcanzamos la cima de España (3.715 m) a las 12,30 h (una hora más en el reloj de Salvador, que mantenía el horario peninsular). Allí nos esperaban para darnos un abrazo don Wolfredo, Victoria Eugenia y su hijo Wolf Hermann, que

optaron por la subida más suave del teleférico. Todos plasmaron en mi cuaderno de campo (C.C. Nº 27 / Exc. 406) palabras emotivas relacionadas con la intensidad de las dos jornadas vividas, en un ambien-

te transgeneracional y de amistad compartida. Valgan de ejemplo las expresadas por W. Wildpret, decano de la expedición, y las de Salvador, que inspiró la misma.

24 de Octubre 2004
 Una vez más Pedro has estado a mi lado en un momento importante de mi vida: alcanzar con mi hijo Wolf Hermann a sus 6 años y seis meses y 21 días la cumbre del mítico estratovolcán. Dicho esto, he disfrutado como un "animal" viendo y siguiendo la bonita hazaña que habéis protagonizado este fin de semana.
 ¡Enhorabuena por el éxito que en tu caso también ha sido en compañía de tu hijo.
 Con el afecto de siempre de tu amigo
 Wolfredo Wildpret

Figura 11. Reflexión para la posteridad de W. Wildpret en la cima del Pico del Teide el 24 de octubre de 2004: Una vez más Pedro has estado a mi lado en un momento importante de mi vida: alcanzar con mi hijo Wolf Hermann a sus 6 años y seis meses y 21 días la cumbre del mítico estratovolcán. Dicho esto, he disfrutado como un 'animal' viendo y siguiendo la bonita hazaña que habéis protagonizado este fin de semana; Enhorabuena por el éxito! que en tu caso también ha sido en compañía de tu hijo. Con el afecto de siempre de tu amigo. / Wolfredo Wildpret.

Ha sido la mejor ascensión al Teide de todas las que he hecho, no sólo porque colma una de mis ilusiones "subir desde el mar", sino por haberlo hecho con amigos de siempre y haber sido transgeneracional. Con gran afecto, Pedro Luis
 Salvador B20, 24.10.2004

Figura 12. Conclusión de Salvador, tras colmar una de sus ilusiones: Ha sido la mejor ascensión al Teide de todas las que he hecho, no sólo porque colma una de mis ilusiones 'subir desde el mar', sino por haberlo hecho con amigos de siempre y haber sido transgeneracional. Con gran afecto, Pedro Luis. / Salvador 13 h 20' (una hora menos en Canarias), 24.10.2004.

LA TENTACIÓN HAGIOGRÁFICA

No nos engañemos, como bien apuntó en su día el sagaz Pérez-Rubalcaba: “en España enterramos muy bien”. Así es, no sólo en España las reseñas necrológicas y los homenajes póstumos siempre están maculados por la tentación hagiográfica. No resulta cómoda ni oportuna la crítica, por muy sana y legítima que sea, cuando el homenajeado ya falta de este mundo. En cuestiones científicas espinosas, Salvador solía sentenciar: “Abreviemos, que cuanto más escribamos más nos equivocamos”. No le faltaba razón y aún es peor cuando las consideraciones se hacen sobre aspectos humanos. Por desgracia los alumnos nunca aprendemos todo lo bueno que enseñan los maestros; por fortuna, tampoco todo lo malo.

Salvador no fue un santo, ni pienso que lo pretendiese. Se da por hecho que un simposio de homenaje debe ser un canto a las excelencias del homenajeado, sin reparar en la incontrovertible verdad de que nadie es perfecto. No conviví lo suficiente con Salvador, ni soy psiquiatra para analizar los intrínquilis de su singular personalidad. Reconozco que en ocasiones me costaba compatibilizar sus comportamientos personales con la admiración profesional que le profesaba. En esos momentos procuraba ausentarme, sino física sí al menos mentalmente. Sabía que contradecirle o amonestarle no podría terminar en nada bueno, porque ni él lo permitiría ni yo probablemente lo soportaría. Tras esos brotes de egocentrismo o antipatía, sabía que pronto volvería a la senda de su cordial cordura. Era así y

punto. Lo que no hice jamás fue aplaudirle cuando sus argumentos me parecían dignos de reproche.

En más de una ocasión, superada la coyuntural marejada, ambos nos refugiábamos en la soledad del banco de popa para analizar las razones o sinrazones de la tormenta superada, que nunca llegó al naufragio. Algunas conseguimos razonarlas, otras permanecen en el baúl de las sinrazones, que el tiempo se ha llevado (o se llevará) al fondo del mar.

DESENLACE

Estimado maestro, los botánicos de mi generación te debemos mucho. Es verdad, unos más que otros, y pocos son los que expresan no deberte nada o, peor aún, ignoran o reniegan de tus sabias enseñanzas o favores. También -por qué no decirlo- tu singular y fuerte personalidad te traicionaba y pasabas de la ingenua ternura a la cruel hostilidad, granjeándote profundas antipatías. Todos los que te admiramos fuimos testigos alguna vez de esos brotes de arbitrariedad fiera, espita habitual de los genios con carácter.

Por cierto, a Salvador debo el título de esta miscelánea, tardía y voluntariosa. En una ocasión, contándome sus proyectos inacabados o en cartera, le dije: no entiendo como encuentras tiempo para hacer tantas cosas. Su respuesta fue: qué va, mi problema es que “no me alcanza el tiempo”; para hacer lo que pretendo, necesitaría dos vidas más. Y es que, en esta vida, por mucho que hayas trabajado el tiempo nunca te alcanza. Nos veremos en la próxima, profesor no me despido, tampoco para ello “nos alcanza el tiempo.”